

LOS MAS FUERTES APLAUSOS

V

IDA Nueva» dedica una gran atención en su último número al discurso de Girón en Valladolid. Un editorial («La Iglesia según Girón») y un comentario a doble página que firma Segundo Arteché. En ambos espacios se subraya que el párrafo más entusiástica y largamente aplaudido del discurso de Girón fué el siguiente: «...Quiero aludir a las muchas veces que los representantes de la Iglesia, llevados de su celo apostólico, se introducen, acaso sin proponérselo, en el terreno de la economía, en el campo de la política, en el área de lo civil.» Es curioso recordar —todos los que estuvimos presentes lo recordamos con claridad— que los mayores aplausos que se oyeron en el coloquio sobre relaciones Iglesia-Estado en la Asociación para el Estudio de los Problemas Actuales, correspondieron al canonista señor Pérez Alhama, cuando aludió a la necesidad de la separación de la Iglesia y el Estado, a que la crítica de la Iglesia al Estado debe ser correspondida con una crítica del Estado a la Iglesia y al hecho documentado de que la confesionalidad del Estado español se debía a una imposición vaticana, que la pasó como requisito «sine qua non» para pactar el Concordato...

E

L problema general no es lo que haya dicho Girón —que no es una postura coyuntural en él, ya que no hace sino ser consecuente con los puntos del programa político que profesó y profesa—, sino el de que el ejercicio de la política por los clérigos se suele hacer dentro de la ambigüedad. Más claro: a la hora de hacer manifestaciones de este tipo no se prescinde de la investidura sacra ni se deja de utilizar la cátedra sagrada. El problema no es de este Estado concreto, sino que lo fué de los pasados y será de los futuros. El Estado español, particularmente —y no hablo del Estado actual—, ha tenido siempre en la Iglesia católica una carga pesada (carga que no vamos a negar quizá haya sido compensada con bienes espirituales invaluable). Mientras en otros países (la Inglaterra de Enrique VIII es el ejemplo más significativo y conocido) la Iglesia ha sido convertida en instrumento del Poder pura y llanamente, atribuyendo al mismo la cabeza de la Iglesia, en España, particularmente, el Estado ha tenido que luchar contra un «papismo más papista que el Papa», cuya trascendencia puramente política se puede calibrar fácilmente. O al menos eso es lo que piensa el español medio, y así deben interpretarse esos aplausos sobresalientes que reseñamos.

E

L problema —insistimos—, de siempre, de cualquier régimen, de cualquier Estado y de cualquier época, es que los eclesiásticos actúen políticamente sin despojarse del carisma, sin abstraerse del sacramento del Orden. Cuando Pablo VI, el 7 de mayo, recomienda el voto a la democracia cristiana no está hablando «ex cátedra», pero es el Papa. Cuando, con lo que «L' Express» llama «discretas presiones» sobre Pablo VI, se trata de ampliar el llamado —por el mismo semanario— «clan francés en el Vaticano», y, al parecer, ha sido llamado Danielou al Vaticano, para llamar después a Marty, es oportuno preguntarse qué sentido tiene en una Iglesia universal el reforzamiento de los prelados vaticanos procedentes de éste o aquel país.

H

ABRA que reconocer que es anacrónico («coincidimos —dice "Vida Nueva"— literalmente con Luis Apostúa») prohibir a los eclesiásticos actuar políticamente (con esa salvedad de que utilicen el lugar, la aureola, la ocasión sagrada), pero ese anacronismo que llama "Vida Nueva" «de siglos», sólo se ha advertido hace muy pocos años por los que ahora lo denuncian; es un anacronismo de coyuntura. Y, ¿por qué callarlo?, un anacronismo ideal, mientras los fieles no lleguen a un estado de madurez que les capacite para distinguir al sacerdote y al ciudadano opinador, para despojar a las opiniones políticas de los eclesiásticos de cualquier aureola sacra y ejercer una crítica libre de las manifestaciones de la superioridad eclesiástica. Y esa madurez debe llegar con ayuda de sus mismos pastores.

E. C. AGUILAR